



¡CAMBIA EL JUEGO!



Experiencias de clubes deportivos
para la transformación social

PRESENTACIÓN

¿Qué ocurre cuando un club deportivo decide mirar más allá de los resultados? ¿Qué sucede cuando un entrenamiento se convierte también en un espacio para hablar de solidaridad, participación, inclusión o convivencia? ¿Qué aprendizajes surgen cuando entrenadores y entrenadoras, deportistas y familias se detienen a reflexionar sobre la relación entre el deporte y la sociedad que quieren construir?

Este libro recoge algunas respuestas a esas preguntas.

Los clubes deportivos ocupan un lugar muy especial en la vida de miles de niñas, niños y jóvenes. Son espacios donde se aprende a competir, a esforzarse, a superar dificultades y a trabajar por objetivos comunes. Pero también son lugares donde se construyen amistades, se afrontan conflictos, se desarrollan valores y se aprenden formas de relacionarse con otras personas.

Desde la Fundación Madre Coraje partíamos de una convicción muy sencilla: el deporte ya tiene un importante papel educativo. La cuestión no era si los clubes podían educar en valores, porque lo hacen cada día a través de las decisiones que toman, de la forma en que entrenadores y entrenadoras acompañan a sus equipos, del ambiente que se genera durante los entrenamientos o de cómo se viven las victorias y las derrotas. El reto consistía en hacer más consciente ese potencial y ofrecer herramientas que ayudaran a reforzarlo.

A lo largo de estas páginas encontrarás las experiencias desarrolladas por varios clubes deportivos andaluces que participaron en el proyecto Clubes Deportivos por la Transformación Social. Cada uno de ellos emprendió un camino propio, adaptado a su realidad, a las características de sus equipos y a los retos que identificó dentro de su comunidad deportiva.

No encontrarás aquí recetas universales ni modelos perfectos. Tampoco un manual o una guía metodológica para aplicar paso a paso. Lo que encontrarás son experiencias reales: actividades que funcionaron, dificultades que aparecieron durante el proceso, decisiones que hubo que adaptar sobre la marcha y aprendizajes contruidos a partir de la práctica cotidiana.

Los clubes participantes abordaron cuestiones tan diversas como la participación, la empatía, la inclusión, la convivencia, la igualdad o el trabajo en equipo. Lo hicieron utilizando el deporte como herramienta educativa y aprovechando los entrenamientos para generar espacios de diálogo, reflexión y aprendizaje compartido. También descubrieron que muchas de esas conversaciones terminaban yendo más allá del deporte, conectando con la comunidad, con la diversidad y con el papel que los clubes pueden desempeñar en la construcción de una sociedad más justa e inclusiva.

Cada experiencia es diferente. Sin embargo, todas parten de una misma idea: el deporte ofrece innumerables oportunidades para contribuir al desarrollo personal y colectivo de quienes participan en él. Muchas de esas oportunidades ya existen en la vida cotidiana de los clubes; basta con aprender a reconocerlas y aprovecharlas de forma consciente.



Confiamos en que las experiencias recogidas en esta publicación resulten útiles para otros clubes, entrenadores y entrenadoras, familias y personas responsables de entidades deportivas. No para reproducir exactamente lo que aquí se cuenta, sino para descubrir nuevas posibilidades, adaptar ideas a su propia realidad y seguir explorando el enorme potencial educativo que tiene el deporte.

Porque transformar el deporte no siempre empieza con grandes cambios. A veces comienza simplemente con una pregunta: ¿qué tipo de personas queremos ayudar a formar a través de nuestros clubes?

AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS

AGRADECIMIENTOS



Esta publicación no habría sido posible sin la implicación de todas las personas que han formado parte del proyecto Clubes Deportivos por la Transformación Social.

Nuestro agradecimiento más sincero a los clubes participantes, que aceptaron el reto de incorporar nuevas propuestas educativas a sus entrenamientos y compartieron generosamente sus experiencias para que otras entidades puedan aprender de ellas.

Gracias al Club Baloncesto Chipiona, Unión Baloncesto Jerez, Club Deportivo Granada Origen, Club Deportivo Arboleda, Club Baloncesto Portuense, Club Deportivo Ciudad de Granada Fútbol y Formación, Club Deportivo Rugby Mairena y Club Deportivo Incluye de AFANAS - SCRT por abrir sus puertas, dedicar tiempo a la reflexión y demostrar que el deporte puede ser una herramienta para construir comunidades más inclusivas, participativas y comprometidas.

Queremos agradecer especialmente a los entrenadores y entrenadoras que hicieron posible la puesta en práctica de las actividades recogidas en este libro. Su compromiso, creatividad y disposición para experimentar nuevas formas de trabajar con sus equipos han sido fundamentales para el desarrollo del proyecto.

Nuestro reconocimiento se extiende también a las y los deportistas que participaron en las actividades, compartieron sus opiniones y reflexionaron sobre cuestiones que, en muchas ocasiones, iban mucho más allá del propio deporte. Sin su participación activa, este proyecto no habría tenido sentido.



Gracias igualmente a las familias, cuya implicación enriqueció el proceso desde el primer momento. Sus aportaciones durante los diagnósticos, el Café con Familias y los distintos espacios de participación ayudaron a construir una mirada más amplia sobre el papel educativo de los clubes deportivos y contribuyeron también a la elaboración de Los 6 básicos para ser un Club que Transforma que cierra esta publicación.

Queremos expresar asimismo nuestro agradecimiento a las personas expertas que colaboraron durante el proyecto, compartiendo conocimientos y acompañando distintos espacios de reflexión. Blanca Gallego, Elliot Muñoz, María Quirante y Luis María Pérez enriquecieron este proceso con su experiencia y ayudaron a tender puentes entre el ámbito deportivo, educativo y social.

Este libro tampoco existiría sin el esfuerzo realizado por los propios clubes para documentar las experiencias desarrolladas durante el proyecto. La elaboración de los informes que sirven de base a esta publicación supuso también un ejercicio de reflexión sobre la propia práctica y permitió identificar muchos de los aprendizajes que hoy compartimos en estas páginas.

Por último, agradecemos a la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AACID) su apoyo a esta iniciativa y su compromiso con proyectos que promueven la educación para la ciudadanía global desde ámbitos tan diversos como el deporte.

Esperamos que esta publicación contribuya a seguir ampliando la red de clubes que entienden el deporte como un espacio privilegiado para educar, convivir y construir una sociedad más justa, inclusiva y solidaria.

☀ Capítulo 1.

Un proyecto para aprender desde el deporte

Cuando comenzó el proyecto Clubes Deportivos por la Transformación Social y su campaña ¡Cambia el Juego!, existía una convicción compartida: el deporte posee un enorme potencial educativo y puede contribuir de forma significativa a la construcción de comunidades más inclusivas, participativas y comprometidas con el bienestar colectivo. El reto consistía en ayudar a los clubes a descubrir cómo aprovechar ese potencial de una forma más consciente, adaptándolo a la realidad de cada uno de ellos.

La propuesta partía de una idea sencilla. Los entrenamientos deportivos no son únicamente espacios donde se aprenden habilidades técnicas o tácticas. También son lugares donde niños, niñas y jóvenes desarrollan relaciones, construyen su autoestima, aprenden a gestionar conflictos, descubren formas de colaborar con otras personas y configuran buena parte de los valores que guiarán su comportamiento dentro y fuera del deporte.

Cada semana, miles de jóvenes participan en actividades deportivas que les enseñan mucho más que las reglas de un juego. Aprenden a convivir, a asumir responsabilidades, a gestionar la frustración, a celebrar los éxitos colectivos y a afrontar las derrotas. En definitiva, aprenden a formar parte de un grupo y a relacionarse con otras personas.

Partiendo de esta realidad, el proyecto invitó a varios clubes deportivos andaluces a recorrer un proceso de reflexión y aprendizaje compartido. No se trataba de sustituir los objetivos deportivos ni de transformar los clubes en organizaciones dedicadas exclusivamente a la educación en valores. Tampoco de añadir actividades a unos entrenamientos ya de por sí muy completos. La propuesta consistía, sobre todo, en aprender a mirar esos entrenamientos desde otra perspectiva, identificando las numerosas oportunidades educativas que ya estaban presentes e incorporando herramientas sencillas para reforzar aspectos como la participación, la inclusión, la empatía, la convivencia o la igualdad.



Un proceso construido desde los propios clubes

Desde el principio quedó claro que no existía un único camino.

Las entidades participantes eran muy diferentes entre sí, y no solo porque pertenecieran a diferentes disciplinas deportivas. Había clubes con una larga trayectoria y otros de creación más reciente, entidades con estructuras muy consolidadas y otras más pequeñas, equipos que trabajaban con centenares de deportistas y otros con grupos más reducidos. También eran diferentes las edades de los participantes, las características de sus bases sociales y las experiencias previas relacionadas con la educación en valores.



Por ello, el proyecto no planteó un modelo único de intervención. Cada club tuvo la oportunidad de analizar su realidad, identificar sus prioridades y seleccionar aquellas propuestas que mejor respondían a las necesidades de sus equipos.

El papel de Madre Coraje consistió en acompañar ese proceso, facilitar herramientas y generar espacios donde los clubes pudieran aprender unos de otros, compartir experiencias y descubrir que muchos de los retos a los que se enfrentaban eran comunes. Además, ayudó a ampliar la mirada de esas experiencias desde el enfoque de la Educación Transformadora para la Ciudadanía Global, conectando cuestiones como la participación, la inclusión, la igualdad o la convivencia con los desafíos sociales de nuestro tiempo y con el papel que el deporte puede desempeñar en la construcción de una sociedad más justa y solidaria.



Del diagnóstico a la acción

El primer paso consistió en escuchar a quienes forman parte de la vida cotidiana de los clubes. Para ello, cada entidad llevó a cabo un proceso de diagnóstico participativo en el que se recogieron las opiniones de deportistas, familias y equipos técnicos mediante cuestionarios adaptados a cada colectivo. En algunos clubes, este proceso se completó además con grupos de discusión que permitieron profundizar en algunas de las cuestiones planteadas en las encuestas.

Este trabajo permitió conocer cómo se vivía el deporte en cada entidad, qué valores se consideraban más importantes, cuáles eran las principales preocupaciones y qué aspectos merecía la pena reforzar. Aunque cada club presentaba una realidad diferente, los diagnósticos pusieron de manifiesto numerosos retos compartidos y ofrecieron una base sólida sobre la que diseñar el trabajo posterior.

Con los resultados de ese proceso, los clubes participaron en un encuentro formativo celebrado en Dos Hermanas en junio de 2025. La jornada permitió compartir los principales hallazgos de los diagnósticos, identificar desafíos comunes y comenzar a planificar las actividades que cada entidad desarrollaría durante los meses siguientes.

Durante el encuentro se presentó la batería de actividades elaborada para el proyecto y se generaron espacios de intercambio entre entrenadoras/es y responsables de los distintos clubes. Lejos de plantear una metodología cerrada, el objetivo era que cada entidad pudiera seleccionar y adaptar aquellas propuestas que mejor respondieran a las necesidades detectadas en su propio diagnóstico.

Más allá de los contenidos trabajados, el encuentro favoreció el conocimiento mutuo entre clubes que hasta entonces apenas habían tenido ocasión de colaborar. Ese primer espacio de trabajo compartido ayudó a crear una red de confianza que acompañaría al proyecto durante todo su desarrollo.





Una batería de actividades para experimentar y reflexionar

Como apoyo al trabajo de los clubes se elaboró una batería de actividades específicamente diseñada para su aplicación en contextos deportivos.

Las propuestas abordaban cuestiones como la participación, la cohesión grupal, la inclusión, la empatía, la igualdad, la convivencia o la resolución de conflictos. Algunas adoptaban la forma de juegos cooperativos; otras planteaban pequeños cambios en las reglas habituales de los entrenamientos y otras invitaban a detenerse unos minutos para reflexionar sobre lo vivido.

Todas compartían una misma filosofía: aprender a partir de la experiencia. Más que transmitir mensajes o recomendaciones, las actividades buscaban generar situaciones que permitieran experimentar determinadas emociones, analizar lo ocurrido y extraer conclusiones colectivamente. La intención no era ofrecer respuestas cerradas, sino abrir conversaciones que ayudaran a comprender mejor cómo nos relacionamos dentro de los equipos.

La batería de actividades no pretendía convertirse en un programa cerrado de obligada aplicación. Se concibió como un recurso al servicio de los clubes, que podían seleccionar, adaptar o incluso sustituir las propuestas por otras dinámicas que ya formaran parte de su práctica habitual, siempre que respondieran a los objetivos del proyecto y a las necesidades detectadas en su diagnóstico. De este modo, el proyecto no solo impulsó la incorporación de nuevas herramientas, sino también la puesta en valor de muchas iniciativas educativas que los propios clubes ya desarrollaban y que, gracias a este proceso, pudieron sistematizar, revisar y compartir con otras entidades.

Cada club seleccionó aquellas actividades que consideró más adecuadas para sus objetivos y las adaptó libremente a la edad de los participantes, a las características de sus equipos y a la modalidad deportiva en la que trabajaban.



Lo que encontrarás en esta publicación

Las páginas que siguen recogen el resultado de ese recorrido.

Antes de comenzar las actividades, los clubes escucharon a deportistas, familias y equipos técnicos para conocer mejor sus fortalezas, inquietudes y necesidades. A partir de esa información, cada entidad diseñó su propio itinerario y fue incorporando nuevas propuestas a sus entrenamientos.

Este libro reúne esas experiencias.

Encontrarás clubes que decidieron trabajar la participación, otros que pusieron el foco en la empatía, otros que exploraron nuevas formas de fortalecer la convivencia o la inclusión y otros que demostraron que es posible integrar la educación en valores dentro de la práctica deportiva cotidiana sin renunciar a los objetivos propios de cada disciplina. También descubrirás cómo una iniciativa tan sencilla como el Balón Viajero consiguió conectar a personas, equipos y territorios muy diferentes entre sí.

No encontrarás modelos perfectos ni fórmulas universales. Lo que encontrarás son experiencias reales desarrolladas por clubes que decidieron dedicar un tiempo a preguntarse cómo podían aprovechar mejor el enorme potencial educativo del deporte.

Porque la transformación social también puede empezar en un entrenamiento cualquiera, cuando un equipo decide escucharse un poco más, participar de otra manera o descubrir que competir y educar pueden formar parte del mismo juego.

☀️ Capítulo 2.

Escuchar antes de actuar

Lo que nos dijeron deportistas, familias y equipos técnicos

Antes de decidir qué actividades desarrollar, los clubes participantes quisieron comprender mejor la realidad de sus equipos. Para ello llevaron a cabo un proceso de diagnóstico participativo en el que recogieron las opiniones de deportistas, familias y equipos técnicos. El objetivo no era elaborar un estudio académico, sino escuchar a quienes forman parte de la vida cotidiana de los clubes para identificar fortalezas, preocupaciones y oportunidades de mejora.

Aunque cada entidad tenía sus propias características, los resultados mostraron numerosos puntos en común y ofrecieron una valiosa base para orientar el trabajo que posteriormente desarrollaría cada club. Aquella escucha inicial permitió confirmar muchas intuiciones, descubrir nuevos retos y, sobre todo, situar las necesidades reales de cada comunidad deportiva en el centro del proyecto.

Mucho más que deporte

Uno de los hallazgos más evidentes fue que las personas participantes no percibían sus clubes únicamente como espacios donde practicar deporte.

Cuando se preguntaba qué era lo que más valoraban de sus entidades, las respuestas rara vez se centraban exclusivamente en la competición o el rendimiento. Aparecían una y otra vez palabras como compañerismo, respeto, amistad, cercanía, apoyo, confianza o inclusión. Los clubes eran descritos como lugares donde las personas se sienten acompañadas, donde se construyen relaciones duraderas y donde el desarrollo personal es tan importante como el deportivo.

Las familias destacaban especialmente el papel educativo de los clubes y la importancia de que sus hijos e hijas encontraran entornos seguros donde crecer como personas además de desarrollarse como deportistas. Los jóvenes valoraban sentirse parte de un grupo, disfrutar de los entrenamientos y compartir experiencias con sus compañeros y compañeras. Por su parte, entrenadores y entrenadoras hablaban con frecuencia de acompañamiento, formación y desarrollo personal.

En conjunto, las respuestas transmitían una idea muy clara: para muchas personas, el club constituye un espacio de pertenencia que va mucho más allá de la práctica deportiva.

Los valores ya estaban presentes

El diagnóstico también permitió comprobar que muchos de los valores que posteriormente se trabajarían durante el proyecto ya formaban parte de la identidad de los clubes.

Respeto, compañerismo, trabajo en equipo, igualdad, inclusión, solidaridad o hábitos de vida saludables aparecieron de forma recurrente en prácticamente todas las encuestas realizadas.

Esta constatación resultó especialmente relevante. El proyecto no partía de cero, sino que pretendía fortalecer, hacer más visibles y ofrecer nuevas herramientas para seguir desarrollando valores que ya estaban presentes en la cultura de muchas entidades deportivas.





Los retos compartidos

Aunque la valoración general de los clubes era muy positiva, los diagnósticos también permitieron identificar algunos desafíos comunes.

Uno de los temas que apareció con más frecuencia fue la preocupación por determinados comportamientos que rodean al deporte base. Familias, deportistas y equipos técnicos mencionaron situaciones relacionadas con la excesiva presión competitiva, actitudes inadecuadas en las gradas o comportamientos poco respetuosos entre jugadores, familias o personas adultas. También surgía una preocupación compartida por la dificultad para mantener determinados valores cuando el resultado deportivo adquiere un protagonismo excesivo.

Otro aspecto que apareció de manera recurrente fue la necesidad de seguir fortaleciendo la inclusión y la convivencia. Aunque la mayoría de las personas participantes afirmaban no haber presenciado situaciones graves de discriminación dentro de sus clubes, existía un consenso claro sobre la importancia de seguir construyendo espacios donde cualquier persona pudiera sentirse bienvenida, respetada y valorada.

El diagnóstico también puso de manifiesto el interés por favorecer una mayor participación de toda la comunidad deportiva. Muchas familias expresaron su deseo de implicarse más activamente en la vida de los clubes y numerosas personas manifestaron su disposición a colaborar en actividades educativas, jornadas de convivencia o iniciativas comunitarias.

Convertir la escucha en acción

Los resultados obtenidos no quedaron recogidos únicamente en un informe.

Cada club utilizó las conclusiones de su propio diagnóstico para decidir qué aspectos quería reforzar y qué propuestas respondían mejor a las necesidades de sus equipos. Algunos pusieron el foco en la participación; otros decidieron trabajar la empatía, la inclusión, la cohesión o la convivencia. Hubo quienes incorporaron actividades específicas durante los entrenamientos y quienes optaron por integrar estos aprendizajes en su forma habitual de entrenar.

Los capítulos que siguen muestran cómo cada club interpretó los resultados de ese proceso de escucha y los transformó en experiencias diferentes. No hubo dos recorridos iguales. Precisamente ahí reside uno de los principales valores de este proyecto: comprobar que no existe una única forma de educar a través del deporte, sino muchas maneras distintas de hacerlo cuando se parte de la realidad de cada comunidad deportiva.



Una mirada que va más allá de la pista

Uno de los aspectos que más llamó la atención fue comprobar que muchas personas establecían conexiones espontáneas entre el deporte y algunos de los grandes desafíos sociales de nuestro tiempo.

Las encuestas recogieron reflexiones relacionadas con la igualdad entre mujeres y hombres, la inclusión de personas con discapacidad, la convivencia intercultural, la salud mental, el cambio climático o la necesidad de construir comunidades más justas y solidarias. Aunque no todas las personas participantes conocían los Objetivos de Desarrollo Sostenible o utilizaban ese lenguaje, muchas identificaban el deporte como un espacio desde el que contribuir positivamente a la sociedad.

Estas respuestas confirmaban que los clubes deportivos son percibidos como mucho más que lugares donde aprender una disciplina deportiva. Son espacios de convivencia, participación y aprendizaje capaces de generar impactos que trascienden el terreno de juego.

☀ **Capítulo 3.**

De las ideas a la práctica

Como hemos visto, cada club comenzó este proyecto desde un punto de partida diferente. Las experiencias que se presentan a continuación muestran esa diversidad. Algunos clubes incorporaron nuevas dinámicas a sus entrenamientos; otros adaptaron actividades que ya realizaban habitualmente o impulsaron iniciativas abiertas a la comunidad.

Lo que comparten todas estas experiencias es la voluntad de convertir los entrenamientos en espacios donde, además de mejorar como deportistas, niños, niñas y jóvenes pudieran aprender a participar, convivir, cuidar de otras personas y sentirse parte de una comunidad.

Cada club recorrió su propio camino. Estas son sus historias.

Club Baloncesto Chipiona

Cuando participar es más importante que destacar



Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico mostró una valoración muy positiva del ambiente del club y del trabajo educativo que ya se desarrollaba en él. Las personas deportistas y las familias destacaban valores como el compañerismo, el respeto, la igualdad, la cooperación, los hábitos saludables, la inclusión y la diversidad.

Las familias valoraban especialmente que el club no se limitara a formar jugadores y jugadoras, sino que contribuyera también al desarrollo personal de niños, niñas y jóvenes. Describían el club como un espacio seguro, positivo y comprometido con la formación integral, y subrayaban la importancia de seguir reforzando desde casa los valores que se promueven en el entorno deportivo.

Al mismo tiempo, el diagnóstico permitió identificar algunos retos. Entre ellos aparecía la necesidad de seguir fortaleciendo la participación activa de todas las personas dentro de los equipos, fomentar el respeto en los contextos deportivos y generar espacios donde quienes habitualmente tienen menos protagonismo pudieran sentirse escuchados, reconocidos e importantes para el grupo.

A partir de estas conclusiones, el club decidió centrar su trabajo en actividades relacionadas con la participación, la cooperación y la construcción de equipos donde todas las personas tuvieran la oportunidad de aportar y sentirse parte de un proyecto común.



Lo que hicieron

Hablar de deporte en Chipiona es hablar también de comunidad. El Club Baloncesto Chipiona lleva años desarrollando una importante labor educativa y social en su municipio, entendiendo que la formación deportiva va necesariamente acompañada de la formación humana.

Cuando el club se incorporó al proyecto Clubes Deportivos por la Transformación Social, encontró una oportunidad para seguir profundizando en una línea de trabajo que ya formaba parte de su identidad. La cuestión no era únicamente enseñar a jugar mejor al baloncesto, sino aprovechar cada entrenamiento para fortalecer la convivencia, la participación y el compromiso colectivo.

Las actividades desarrolladas durante el proyecto se centraron especialmente en favorecer la participación activa de todos los integrantes de los equipos. A través de dinámicas adaptadas a los entrenamientos, se buscó que cada persona encontrara su espacio dentro del grupo y pudiera experimentar que su aportación resultaba valiosa para alcanzar objetivos comunes.

Uno de los aspectos que más interesaba al club era reflexionar sobre el protagonismo dentro de los equipos. En muchos contextos deportivos, algunas personas tienden a asumir roles más visibles mientras otras permanecen en un segundo plano. Las actividades permitieron cuestionar estas dinámicas y explorar formas más participativas de organizar la vida del equipo.

Los entrenadores observaron que, cuando se generaban espacios adecuados, muchos jugadores y jugadoras que normalmente intervenían poco comenzaban a expresar sus opiniones, proponer ideas y asumir pequeñas responsabilidades. También comprobaron que las dinámicas cooperativas favorecían una mayor comunicación entre compañeros y compañeras y ayudaban a que el éxito dejara de entenderse como el resultado del esfuerzo individual para convertirse en una construcción compartida.

Las actividades dieron lugar a conversaciones interesantes sobre la forma en que se toman las decisiones dentro de un equipo, quién suele participar más, quién queda habitualmente al margen y qué puede hacerse para que todas las personas encuentren un lugar donde sentirse útiles y valoradas.

A medida que avanzaba el proceso, los entrenadores percibieron una mayor implicación por parte de los jugadores y jugadoras. La participación dejó de entenderse únicamente como asistir a los entrenamientos o disputar los partidos para comenzar a relacionarse con la posibilidad de contribuir activamente al bienestar del grupo.

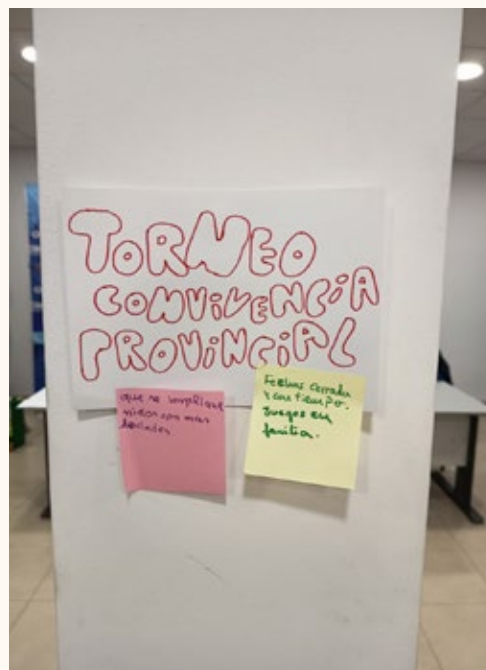
La experiencia demostró que pequeños cambios en la forma de organizar los entrenamientos pueden generar importantes oportunidades para fortalecer la confianza, la autonomía y el sentido de pertenencia.

Cuando los valores salen de la pista

El trabajo realizado durante los entrenamientos tuvo su continuidad en una de las actividades más significativas desarrolladas por el club: un torneo alternativo concebido como un espacio de encuentro entre jóvenes de diferentes realidades.

Lejos del formato competitivo habitual, la jornada reunió a jugadores y jugadoras del Club Baloncesto Chipiona con menores no acompañados procedentes de África Subsahariana acogidos por AFAVI en Sanlúcar de Barrameda. También participaron monitores de AFAVI, entrenadores y representantes del CB Chipiona, una persona representante de CD Incluye-AFANAS y personal técnico de Madre Coraje.

La actividad comenzó con una merienda compartida, que permitió generar un primer espacio informal de convivencia y conocimiento mutuo. Posteriormente, las personas participantes jugaron varios partidos de Goljedrez, un deporte colaborativo en el que se organizaron equipos equilibrados para favorecer la interacción entre jóvenes de distintas edades, procedencias y experiencias.



Durante la jornada, el deporte dejó de ser únicamente una actividad física para convertirse en un lenguaje común capaz de acercar realidades muy diferentes. La metodología del Goljedrez favoreció la comunicación, la toma de decisiones en grupo y la colaboración entre jóvenes que inicialmente no se conocían, facilitando la creación de vínculos y un clima de confianza.

Uno de los aspectos más valiosos de la experiencia fue comprobar cómo muchas de las ideas trabajadas durante los entrenamientos —la participación, la cooperación, el respeto o la inclusión— aparecían de forma natural cuando las personas compartían un objetivo común. Las diferencias de edad, procedencia o contexto pasaron a un segundo plano y el protagonismo lo ocuparon las relaciones que comenzaron a construirse durante la jornada.

Más que un torneo, aquella actividad representó una forma distinta de entender el deporte. Una oportunidad para demostrar que la convivencia también puede entrenarse y que los clubes deportivos tienen la capacidad de tender puentes entre personas y colectivos que difícilmente habrían coincidido en otros espacios.



Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Baloncesto Chipiona permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- La participación no surge de forma espontánea; necesita espacios, oportunidades y dinámicas que la favorezcan.
- Los equipos se fortalecen cuando todas las personas sienten que pueden aportar y que sus opiniones son tenidas en cuenta.
- La cooperación genera aprendizajes que trascienden el ámbito deportivo y ayudan a construir relaciones más igualitarias y respetuosas.
- Los clubes deportivos pueden convertirse en espacios de encuentro entre personas y colectivos muy diversos, favoreciendo la convivencia y el conocimiento mutuo.
- Cuando los valores trabajados durante los entrenamientos se trasladan a actividades abiertas a la comunidad, su impacto educativo se multiplica.

Unión Baloncesto Jerez

Aprender a ponerse en el lugar de otras personas

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico mostró una valoración muy positiva de Unión Baloncesto Jerez como un club donde el baloncesto va acompañado de un fuerte compromiso educativo. Las familias y las personas deportistas destacaban especialmente el ambiente cercano, el respeto, el compañerismo y la importancia que el club concede a la formación integral de niños, niñas y jóvenes.

Entre los valores que aparecían con mayor frecuencia se encontraban la igualdad, la diversidad, la cooperación, la inclusión y la promoción de hábitos de vida saludables. Las familias valoraban especialmente que el club ayudara a formar personas, además de deportistas, y manifestaban su interés por seguir participando en actividades que reforzaran esa dimensión educativa.

El diagnóstico también permitió identificar algunos aspectos sobre los que seguir trabajando. Entre ellos aparecía la necesidad de prevenir situaciones de exclusión y discriminación, reforzar la educación emocional y seguir promoviendo una convivencia basada en el respeto y el buen trato dentro y fuera de la pista.

Tras analizar estos resultados durante la formación inicial del proyecto, el club decidió centrar buena parte de su trabajo en favorecer la inclusión y ayudar a los jugadores y jugadoras a comprender mejor las dificultades que pueden encontrar otras personas en su vida cotidiana. La empatía se convirtió así en el hilo conductor de muchas de las actividades desarrolladas durante el resto de la temporada.



Lo que hicieron

En el deporte se habla con frecuencia de esfuerzo, compromiso, trabajo en equipo o superación. Sin embargo, existe otra capacidad igualmente necesaria para construir buenos equipos y mejores personas: la capacidad de ponerse en el lugar de los demás.

Con esta idea como punto de partida, Unión Baloncesto Jerez decidió desarrollar varias actividades que permitieran trabajar la empatía desde la experiencia. El objetivo no era explicar qué significa esta palabra, sino crear situaciones que ayudaran a los jugadores y jugadoras a experimentar emociones, reflexionar sobre ellas y trasladar esos aprendizajes a su vida cotidiana.

La primera de las actividades fue Confío en ti, una dinámica orientada a fortalecer la confianza mutua y la cooperación dentro del equipo. A través de distintos retos, los participantes comprobaron que alcanzar un objetivo común exigía apoyarse en los demás, escuchar y asumir responsabilidades compartidas. La actividad sirvió también para hablar sobre la importancia de sentirse acompañado y de generar entornos donde todas las personas puedan confiar unas en otras.

Posteriormente, el club desarrolló la actividad Jugar con desventaja, en la que algunos participantes disputaban un partido en condiciones deliberadamente desiguales. Lo que

inicialmente parecía un simple juego terminó convirtiéndose en una oportunidad para reflexionar sobre la igualdad de oportunidades y las dificultades que muchas personas encuentran para participar en igualdad de condiciones.

Las sensaciones de frustración o impotencia que aparecieron durante la actividad dieron paso a una conversación en la que los jugadores y jugadoras comenzaron a relacionar lo vivido con situaciones presentes en la sociedad, comprendiendo que no todas las personas parten de las mismas circunstancias y que, en ocasiones, pequeñas barreras pueden limitar enormemente la participación.

La experiencia alcanzó uno de sus momentos más significativos con la actividad Invisible. Durante unos minutos, algunas personas fueron excluidas deliberadamente de la interacción habitual del grupo. Aunque se trataba de una situación controlada y con una finalidad educativa, las emociones que despertó fueron intensas. Quienes quedaron al margen expresaron sentimientos de aislamiento, tristeza o frustración, mientras que el resto del grupo pudo reflexionar sobre actitudes que, muchas veces de manera inconsciente, reproducen situaciones de exclusión.



La reflexión posterior permitió conectar estas experiencias con situaciones de acoso escolar, rechazo, discriminación o soledad que pueden producirse tanto dentro como fuera del ámbito deportivo. Los propios participantes fueron estableciendo paralelismos con experiencias vividas en sus centros educativos, en sus grupos de amistades o en otros espacios de convivencia.

A lo largo de todo el proceso, los entrenadores observaron una elevada implicación por parte de los equipos. Las actividades no solo generaban participación durante el entrenamiento, sino que daban lugar a conversaciones profundas en las que los jugadores y jugadoras analizaban sus propias actitudes y proponían formas de construir equipos más respetuosos e inclusivos.

La experiencia confirmó que el deporte ofrece un contexto privilegiado para trabajar la educación emocional. Cuando las emociones se viven en primera persona y posteriormente se comparten con el grupo, el aprendizaje adquiere una profundidad difícil de conseguir mediante explicaciones teóricas.



Cuando el mensaje llega también a las familias

El compromiso del club con la inclusión no quedó limitado a los entrenamientos. Durante el Café con Familias, organizado dentro del proyecto, madres, padres, deportistas y responsables del club compartieron un espacio de encuentro en el que pudieron conocer el trabajo realizado hasta ese momento y reflexionar conjuntamente sobre los siguientes pasos del proyecto.

Aprovechando esta actividad, el club decidió implicar a las familias y a los propios jugadores y jugadoras en la creación de su aportación al Balón Viajero. De forma conjunta elaboraron el guion del vídeo y acordaron que el mensaje que querían transmitir podía resumirse en tres palabras: "Inclusión, diversidad e igualdad". Esas mismas palabras quedaron escritas sobre el balón, simbolizando los valores que el club había decidido situar en el centro de su proyecto educativo.

Más allá de la grabación del vídeo, la actividad puso de manifies-

to que la educación en valores no es responsabilidad exclusiva de entrenadores y entrenadoras. Cuando familias, deportistas y club comparten un mismo mensaje, las posibilidades de que ese aprendizaje se consolide y forme parte de la cultura de la entidad aumentan considerablemente.



Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por Unión Baloncesto Jerez permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- La empatía se desarrolla con mayor profundidad cuando las personas tienen la oportunidad de experimentar situaciones que les permiten comprender cómo se sienten otras personas.
- Las emociones vividas durante el juego se convierten en un valioso recurso educativo cuando van acompañadas de espacios para la reflexión y el diálogo.
- El deporte ofrece oportunidades privilegiadas para abordar cuestiones como la inclusión, la igualdad de oportunidades o la convivencia desde la experiencia directa.
- La implicación de las familias refuerza el impacto educativo de los clubes y ayuda a construir una cultura compartida basada en valores comunes.
- Aprender a ponerse en el lugar de otras personas contribuye a formar equipos más cohesionados y comunidades deportivas más inclusivas.

Club Deportivo Granada Origen

Entrenar valores con más de 200 deportistas

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico realizado en el Club Deportivo Granada Origen contó con una amplia participación de deportistas, familias y equipos técnicos. Los resultados mostraron una valoración muy positiva del club, destacando especialmente su carácter educativo, el ambiente de respeto que se respira en los equipos y la importancia que se concede a la formación en valores por encima de los resultados deportivos.

Las familias valoraban la cercanía del club y el papel que desempeña en el desarrollo personal de niños, niñas y jóvenes. Los deportistas destacaban el compañerismo, el respeto y el sentimiento de pertenencia, mientras que entrenadores y entrenadoras subrayaban el valor del deporte como herramienta educativa y la importancia de construir experiencias positivas para todas las personas participantes.

A pesar de esta valoración tan favorable, también aparecieron algunas preocupaciones compartidas. Entre ellas destacaban la influencia negativa de determinados comportamientos en las gradas, la presión competitiva presente en algunos entornos deportivos y la necesidad de seguir fortaleciendo valores como la convivencia, la inclusión y el respeto. También surgió el interés por implicar más a las familias y reforzar la dimensión educativa del club.

Los resultados confirmaban que Granada Origen ya contaba con una sólida cultura educativa. El reto no consistía tanto en incorporar nuevos valores como en conseguir que esa forma de entender el deporte estuviera presente de manera cada vez más consciente y sistemática en todos los equipos del club.



Lo que hicieron

Cuando un club trabaja cada semana con más de doscientos niños, niñas y jóvenes distribuidos en numerosos equipos, cualquier propuesta educativa supone un reto organizativo importante. No basta con que una persona incorpore una dinámica puntual o con que un solo equipo participe en una actividad concreta. Para que el cambio tenga impacto, es necesario que la forma de entender el deporte impregne la vida cotidiana del conjunto del club.

Ese fue precisamente el desafío que asumió Granada Origen durante el proyecto.

Desde el principio, el equipo técnico decidió que las actividades no debían vivirse como algo añadido a los entrenamientos, sino como una manera diferente de entenderlos. Las propuestas se incorporaron con naturalidad a las sesiones habituales, adaptándose a las distintas edades y categorías, de forma que cada entrenador y entrenadora pudiera utilizarlas respetando la realidad de su equipo.

A lo largo de la temporada se trabajaron cuestiones como la comunicación, la cooperación, la empatía, la resolución de conflictos y la convivencia. Más allá de los contenidos concretos de cada actividad, el objetivo era generar situaciones que invitaran a los jugadores y jugadoras a pensar, dialogar y analizar cómo se relacionaban con sus compañeros y compañeras.

Poco a poco comenzaron a surgir conversaciones que normalmente no forman parte de un entrenamiento de fútbol. Los equipos hablaban sobre quién participa más y quién menos, cómo resolver un conflicto sin buscar culpables, qué significa respetar a un compañero o de qué manera pueden construirse equipos donde todas las personas se sientan valoradas.

Los entrenadores observaron que muchas de las dinámicas favorecían una participación más equilibrada dentro del grupo y permitían que jugadores y jugadoras que habitualmente pasaban más desapercibidos encontraran espacios para expresarse y asumir responsabilidades. También comprobaron que los ejercicios cooperativos ayudaban a reforzar la confianza mutua y a comprender que los objetivos colectivos solo pueden alcanzarse cuando todas las personas se sienten parte del equipo.

Uno de los principales retos fue adaptar las propuestas a una realidad muy diversa. Trabajar con un número tan elevado de participantes exigía coordinación entre los distintos equipos técnicos y una adaptación constante de las actividades según la edad y las características de cada grupo. Sin embargo, lejos de convertirse en un obstáculo, esta diversidad permitió comprobar que los principios de participación, inclusión y convivencia pueden trabajarse de formas muy diferentes sin perder su valor educativo.



Quizá uno de los aprendizajes más importantes de esta experiencia fue descubrir que la educación en valores no depende tanto de realizar actividades extraordinarias como de incorporar determinadas preguntas a la vida cotidiana del club.

¿Cómo nos tratamos? ¿Quién participa y quién queda al margen? ¿Cómo resolvemos los conflictos? ¿Qué significa respetar a nuestros compañeros y compañeras?

Cuando estas preguntas pasan a formar parte de los entrenamientos, el deporte deja de ser únicamente un espacio para mejorar el rendimiento y se convierte también en un lugar donde aprender a convivir.



Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Deportivo Granada Origen permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- La educación en valores puede integrarse en la rutina habitual de un club deportivo sin necesidad de crear estructuras paralelas.
- Los principios de participación, inclusión y convivencia son aplicables a cualquier categoría y grupo de edad cuando las actividades se adaptan a las características de cada equipo.
- Los entrenadores y entrenadoras desempeñan un papel clave para conectar las experiencias deportivas con aprendizajes que trascienden el terreno de juego.
- Trabajar con un gran número de participantes no impide desarrollar procesos educativos significativos; requiere coordinación, adaptación y una intención pedagógica compartida.
- Cuando la educación en valores forma parte de la cultura cotidiana del club, deja de depender de actividades puntuales y pasa a convertirse en una forma de entender el deporte.



Club Deportivo Arboleda

Del respeto a la justicia: cuando los valores se hacen visibles

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico realizado en el Club Deportivo Arboleda permitió recoger las opiniones de deportistas y familias sobre la realidad del club. Las respuestas reflejaron una valoración muy positiva del ambiente existente, destacando especialmente el respeto, el compañerismo, la igualdad, la inclusión y el trabajo en equipo como algunos de los valores más representativos de la entidad.

Las familias subrayaban la importancia de que el club ayudara a transmitir hábitos de vida saludables y contribuyera a la formación personal de niños, niñas y jóvenes. Los deportistas, por su parte, manifestaban sentirse cómodos en un entorno donde predominaban las relaciones positivas, el respeto mutuo y la diversión compartida.

Al mismo tiempo, el diagnóstico permitió identificar algunos aspectos sobre los que seguir trabajando. Algunas personas expresaban su preocupación por la pérdida de valores deportivos que a veces acompaña a la excesiva competitividad, por determinadas actitudes de personas adultas durante las competiciones y por la necesidad de seguir fortaleciendo la inclusión y el respeto para garantizar que el club continuara siendo un espacio seguro para todas las personas. También aparecía un claro interés por implicar más a las familias en la vida de la entidad.

A partir de estas conclusiones, el club decidió centrar su trabajo en fortalecer la convivencia, la cooperación y la construcción compartida de valores, implicando no solo a los equipos, sino también al conjunto de la comunidad educativa.



Lo que hicieron

En muchos clubes deportivos los valores forman parte del discurso habitual. Se habla de respeto, compañerismo, esfuerzo o trabajo en equipo como principios fundamentales de la práctica deportiva. El reto consiste en conseguir que esas palabras se conviertan en experiencias reales y formen parte de la vida cotidiana de quienes entrenan cada semana.

Ese fue el camino que emprendió el Club Deportivo Arboleda.

Durante la temporada, el club incorporó diferentes actividades a sus entrenamientos para favorecer la reflexión y el diálogo entre los equipos. Propuestas como El Equipo de los Superpoderes, Mapa de las Palabras Mágicas o Semáforo de las Reglas invitaron a los jugadores y jugadoras a reconocer las fortalezas de sus compañeros, reflexionar sobre la importancia del lenguaje, analizar las normas de convivencia y comprender que el respeto no consiste únicamente en cumplir unas reglas, sino en cuidar de las personas con las que compartimos el deporte.

Las dinámicas se caracterizaban por un elemento común: los participantes no recibían respuestas cerradas, sino que construían sus propias conclusiones. A través de dibujos, mensajes, carteles y conversaciones compartidas, fueron dando forma a su propia manera de entender conceptos como el respeto, la inclusión, la cooperación o la justicia.

Con el paso de las semanas, los entrenadores comprobaron que aquellas actividades iban generando conversaciones cada vez más profundas. Los equipos dejaron de hablar únicamente de cómo comportarse correctamente durante un partido para empezar a preguntarse qué ocurre cuando alguien queda excluido, cómo actuar ante una injusticia o qué responsabilidad tiene cada persona para construir un equipo donde todas y todos puedan sentirse parte del grupo.

Quizá uno de los aprendizajes más interesantes fue comprobar que la educación en valores no depende tanto de realizar actividades extraordinarias como de incorporar determinadas preguntas a la vida cotidiana del club.

¿Cómo nos tratamos? ¿Quién participa y quién queda al margen? ¿Cómo resolvemos los conflictos? ¿Qué significa respetar a nuestros compañeros y compañeras?

Cuando estas preguntas pasan a formar parte de los entrenamientos, el deporte deja de ser únicamente un espacio para mejorar el rendimiento y se convierte también en un lugar donde aprender a convivir.



Cuando todo el club cambia el juego

El proceso vivido durante los entrenamientos culminó en una gran jornada deportiva en la que participaron alumnado, familias, profesorado y los distintos equipos del Club Deportivo Arboleda. Fútbol, fútbol sala y voleibol compartieron protagonismo en una maratón deportiva que quiso demostrar que competir y educar en valores no solo son compatibles, sino que pueden reforzarse mutuamente.

Así, aquella jornada fue mucho más que un torneo.

Junto a los encuentros deportivos se habilitaron espacios para reflexionar, dialogar y participar. Las personas asistentes escribieron mensajes y compromisos en murales colectivos, compartieron qué deporte querían construir y reflexionaron sobre cuestiones como el respeto, la igualdad, la diversidad, la salud mental o la participación juvenil. La campaña ¡Cambia el Juego! estuvo presente en toda la actividad a través de carteles elaborados por los propios participantes con mensajes como "El respeto también se entrena", "La diversidad suma" o "El deporte une a las personas. Los clubes construyen comunidad".

Uno de los elementos más originales de la jornada fue el Pasaporte "Clubes Deportivos por la Transformación Social", una propuesta que combinaba el juego con pequeños retos relacionados con la Agenda 2030, la igualdad, la inclusión, la participación y el pensamiento crítico. A través de preguntas, entrevistas, pruebas cooperativas y mensajes compartidos, niños, niñas y jóvenes fueron descubriendo que el deporte también puede ayudar a comprender mejor el mundo en el que vivimos.

La elevada participación de familias, deportistas y comunidad educativa convirtió aquella jornada en una auténtica celebración de los valores trabajados durante toda la temporada. Lo aprendido en los entrenamientos salió de la pista para hacerse visible en un espacio compartido por todo el club.

La experiencia demostró que los valores no se consolidan únicamente porque aparezcan escritos en un reglamento o se mencionen antes de un partido. Se consolidan cuando una comunidad entera decide hacerlos visibles y convertirlos en la forma habitual de relacionarse.



Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Deportivo Arboleda permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- Los valores se comprenden mejor cuando las personas tienen la oportunidad de expresarlos, debatirlos y construirlos colectivamente.
- El lenguaje y la forma en que nos comunicamos desempeñan un papel fundamental en la creación de entornos deportivos respetuosos e inclusivos.
- La participación de las familias y de toda la comunidad educativa multiplica el impacto de las actividades desarrolladas durante los entrenamientos.
- La educación en valores no depende de actividades aisladas, sino de una cultura compartida que impregna la vida cotidiana del club.
- Cuando toda una comunidad deportiva se implica en un mismo proyecto, los valores dejan de ser un discurso para convertirse en una experiencia compartida.





Club Baloncesto Portuense

Construir equipo dentro y fuera de la pista

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico realizado en el Club Baloncesto Portuense mostró una valoración muy positiva del club por parte de deportistas, familias y equipo técnico. Las personas participantes destacaban especialmente el compañerismo, el respeto, el trabajo en equipo y el ambiente familiar que caracteriza a la entidad.

Las respuestas reflejaban una idea compartida: el club no solo es un espacio donde aprender baloncesto, sino también un lugar donde construir amistades, desarrollar valores y crecer como personas. Las familias valoraban especialmente el esfuerzo de entrenadores y entrenadoras por acompañar a los jóvenes en su desarrollo personal, mientras que los deportistas destacaban el sentimiento de pertenencia al grupo y la importancia de compartir experiencias con sus compañeros y compañeras.

Al mismo tiempo, el diagnóstico permitió identificar algunos retos relacionados con la convivencia. Aparecieron reflexiones sobre la necesidad de fortalecer las relaciones dentro de los equipos, mejorar la comunicación y crear más oportunidades para que los jóvenes se conocieran mejor y construyeran vínculos más sólidos.

Estas conclusiones llevaron al club a centrar buena parte de su trabajo en la cohesión grupal, el reconocimiento mutuo y el fortalecimiento de las relaciones personales dentro y fuera de la pista.



Lo que hicieron

En el deporte de equipo solemos asociar la palabra "equipo" a cuestiones relacionadas con el juego: coordinar movimientos, ejecutar estrategias compartidas o colaborar para alcanzar un objetivo común. Sin embargo, quienes conviven día a día con grupos de niños, niñas y jóvenes saben que construir un equipo va mucho más allá de lo que ocurre durante los partidos.

La experiencia desarrollada por el Club Baloncesto Portuense dentro del proyecto partió precisamente de esta idea. Los entrenadores identificaron la necesidad de fortalecer la cohesión del grupo y mejorar determinados aspectos de la convivencia que influían tanto en el ambiente del equipo como en la experiencia deportiva de sus integrantes.

Más que centrarse en una actividad concreta, decidieron desarrollar un proceso que ayudara a los jugadores a conocerse mejor, reconocer el valor de sus compañeros y reflexionar sobre las relaciones que construían dentro y fuera de la pista.

La experiencia se desarrolló con un equipo cadete masculino formado por quince jugadores que, además de compartir entrenamientos y competiciones, convivían en otros espacios de su vida cotidiana. Los entrenadores eran conscientes de que muchos de los conflictos o tensiones que aparecían en el equipo no nacían necesariamente durante la práctica deportiva.

va. En ocasiones, tenían su origen en relaciones personales, experiencias compartidas en el ámbito escolar o interacciones que continuaban a través de las redes sociales.

Con esta realidad como punto de partida, el club decidió trabajar varias actividades orientadas a fortalecer los vínculos entre los integrantes del grupo y preparar una convivencia deportiva que tendría lugar más adelante.

La primera de ellas fue El Círculo de la Unión, una dinámica que buscaba reforzar el sentimiento de pertenencia y la participación de todos los miembros del equipo. A través de diferentes ejercicios cooperativos, los jugadores tuvieron la oportunidad de compartir experiencias, interactuar con compañeros con los que habitualmente se relacionaban menos y reflexionar sobre la importancia de que todas las personas se sientan parte del grupo.

Aunque la actividad tenía una apariencia sencilla, permitió visibilizar algo fundamental: pertenecer a un equipo no depende únicamente de vestir la misma equipación o entrenar juntos varias veces por semana. Requiere construir relaciones basadas en la confianza, el reconocimiento mutuo y el respeto.

Posteriormente, el club desarrolló Mapa de lo que veo, una actividad especialmente relevante porque permitió abordar



algunos conflictos presentes en el grupo desde una perspectiva diferente. A través del diálogo y la reflexión colectiva, los jugadores analizaron situaciones que generaban malestar o dificultaban la convivencia.

Lo más interesante fue descubrir que muchas de ellas no estaban directamente relacionadas con el baloncesto. Las conversaciones pusieron de manifiesto que determinados desacuerdos tenían su origen en situaciones vividas fuera del club, especialmente en el ámbito escolar y en las redes sociales.

Este descubrimiento ayudó a ampliar la mirada de los participantes. Los problemas que aparecían en los entrenamientos no podían entenderse de forma aislada, ya que formaban parte de relaciones más amplias que continuaban en otros espacios. La actividad permitió abrir conversaciones que difícilmente habrían surgido durante una sesión deportiva convencional y favoreció una mayor comprensión de las experiencias de los compañeros.



La tercera propuesta desarrollada fue Te quiero en mi equipo, una dinámica centrada en el reconocimiento positivo. Cada jugador escribió mensajes dirigidos al resto de sus compañeros destacando cualidades, actitudes o aspectos que valoraba de ellos. Posteriormente, esos mensajes fueron entregados de forma individual para que cada participante pudiera leerlos con tranquilidad.

La actividad generó un impacto especialmente significativo. Muchos jugadores descubrieron aspectos positivos sobre sí mismos que nunca antes habían escuchado de boca de sus compañeros. Otros tomaron conciencia del efecto que puede tener una palabra de reconocimiento en la autoestima y el bienestar de las personas.

En un entorno donde con frecuencia se señalan errores, se corrigen comportamientos o se enfatiza el rendimiento, dedicar tiempo a reconocer lo positivo resultó una experiencia poco habitual y muy valiosa.

Todo este trabajo culminó con una convivencia deportiva en Granada en la que participaron más de un centenar de deportistas de distintas categorías. El viaje ofreció una oportunidad excepcional para poner en práctica muchos de los aprendizajes trabajados durante las semanas anteriores.

Los participantes compartieron desplazamientos, actividades culturales, momentos de ocio y encuentros deportivos con otros equipos, fortaleciendo las relaciones construidas previamente y ampliando su experiencia más allá del contexto habitual de entrenamiento.

La convivencia permitió comprobar que la cohesión de un equipo no se construye únicamente a través de los resultados deportivos. Las relaciones de confianza, el respeto mutuo y el sentimiento de pertenencia desempeñan un papel igualmente importante.

Quizás por eso uno de los principales aprendizajes de esta experiencia sea que los equipos no se construyen exclusivamente durante los entrenamientos o los partidos. También se construyen en las conversaciones, en la forma de resolver desacuerdos, en el reconocimiento mutuo y en los espacios compartidos fuera de la pista.

Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Baloncesto Portuense permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- La cohesión de un equipo se construye tanto dentro como fuera de los espacios deportivos.
- Muchos conflictos que aparecen en el deporte tienen su origen en relaciones que continúan en otros ámbitos de la vida de los jóvenes.
- El reconocimiento positivo fortalece la autoestima, mejora la convivencia y refuerza el sentimiento de pertenencia al grupo.
- Las convivencias y experiencias compartidas constituyen oportunidades privilegiadas para consolidar los vínculos construidos durante los entrenamientos.
- Los equipos más fuertes no son necesariamente los que cuentan con mejores jugadores, sino aquellos que desarrollan relaciones más sólidas entre sus integrantes.



Club Deportivo Ciudad de Granada Fútbol y Formación

Integrar los valores en cada entrenamiento

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico realizado en el Club Deportivo Ciudad de Granada Fútbol y Formación reflejó una visión muy positiva del papel que desempeña el deporte en la formación de niños, niñas y jóvenes. Tanto las familias como el equipo técnico coincidían en destacar la importancia de transmitir valores como el respeto, el compañerismo, la responsabilidad y el trabajo en equipo, entendiendo que la formación personal debe ocupar un lugar tan importante como la deportiva.

Las personas participantes valoraban especialmente el ambiente del club y la implicación de entrenadores y entrenadoras en el acompañamiento de los jugadores y jugadoras. También compartían una idea muy clara: el deporte puede contribuir a formar mejores personas y generar aprendizajes que trascienden el terreno de juego.

Al mismo tiempo, el diagnóstico puso de manifiesto la importancia de seguir reforzando la convivencia, la participación y el respeto, evitando que la presión competitiva relegue a un segundo plano la dimensión educativa del deporte.

A partir de estas conclusiones, el club decidió desarrollar una propuesta diferente a la del resto de entidades participantes. En lugar de reservar momentos específicos para trabajar los valores, apostó por incorporarlos de forma transversal a todos los entrenamientos, integrándolos en los propios ejercicios y dinámicas habituales.

Lo que hicieron

Hay clubes que reservan un momento concreto del entrenamiento para trabajar la educación en valores. El Club Deportivo Ciudad de Granada Fútbol y Formación decidió recorrer otro camino.

Su propuesta consistió en no separar nunca el aprendizaje deportivo del aprendizaje personal. Si un entrenamiento es un espacio donde los niños y niñas aprenden constantemente, entonces cualquier ejercicio, cualquier corrección o cualquier conversación puede convertirse también en una oportunidad para educar.

Con esta idea como punto de partida, el equipo técnico incorporó objetivos relacionados con la cooperación, la responsabilidad, el respeto, la participación y la confianza dentro de los propios ejercicios habituales de fútbol, sin necesidad de diseñar actividades independientes.

La experiencia se desarrolló con un equipo de categoría Benjamín, una etapa especialmente importante para la adquisición de hábitos y formas de relación. A estas edades, el deporte constituye uno de los principales espacios donde los niños y niñas aprenden a convivir, respetar normas comunes, asumir responsabilidades y formar parte de un grupo.

Los entrenadores aprovecharon ejercicios habituales del fútbol base —rondos, juegos de posesión, situaciones de finalización o partidos condicionados— para introducir pequeños objetivos relacionados con la comunicación, la cooperación o el cuidado de los compañeros. La diferencia no estaba en las tareas, sino en la mirada con la que se planteaban.

Cada ejercicio ofrecía oportunidades para reforzar comportamientos positivos, destacar gestos de ayuda, promover la participación de quienes intervenían menos o detenerse unos minutos para reflexionar sobre una situación que acababa de producirse durante el juego.

Los jugadores y jugadoras aprendían a cooperar mientras intentaban mantener la posesión del balón, practicaban el respeto cuando resolvían un desacuerdo durante un partido y descubrían la importancia de la responsabilidad compartida mientras buscaban alcanzar un objetivo común.

Con el paso de las semanas, los entrenadores comprobaron que muchas situaciones aparentemente rutinarias escondían un enorme potencial educativo. Animar a un compañero después de un error, esperar el turno de participación, compartir el balón o ayudar a quien encontraba más dificultades dejaban de ser pequeños gestos cotidianos para convertirse en oportunidades de aprendizaje.

La experiencia permitió comprobar que la educación en valores no siempre requiere actividades complejas ni espacios específicos. En muchas ocasiones basta con observar de otra manera lo que ya sucede durante un entrenamiento y aprovechar esos momentos para ayudar a crecer a los jugadores y jugadoras.

Los entrenadores destacaron además que esta forma de trabajar resultaba especialmente sostenible, ya que podía incorporarse de manera natural a la planificación deportiva sin modificar significativamente la estructura de las sesiones.



Una temporada para aprender

Al finalizar la temporada, el club organizó un Café con Familias que permitió mirar el año vivido desde una perspectiva diferente. A través de una dinámica titulada "El bache, la lección y el subidón", madres, responsables del club y un jugador que la temporada siguiente asumiría funciones como entrenador compartieron los momentos más difíciles, los principales aprendizajes y las mayores satisfacciones vividas durante el curso.

La conversación giró en torno a cuestiones como la gestión de la frustración tras los partidos, el acompañamiento emocional de niños y niñas, las relaciones entre familias y entrenadores, el compromiso con el club y la importancia de construir un ambiente positivo dentro y fuera del terreno de juego. Más que evaluar una temporada deportiva, el grupo reflexionó sobre todo lo aprendido a lo largo del camino.

La sesión concluyó identificando colectivamente algunos de los valores que mejor definen al club: cooperación, participación, compromiso, implicación y un fuerte sentimiento de pertenencia. Una idea apareció repetidamente durante toda la conversación: el Club Deportivo Ciudad de Granada no es solo un lugar donde se aprende a jugar al fútbol, sino una comunidad donde las personas crecen juntas.



Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Deportivo Ciudad de Granada Fútbol y Formación permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- Los valores pueden trabajarse de forma transversal dentro de los entrenamientos sin necesidad de crear actividades independientes.
- Las situaciones cotidianas del deporte ofrecen numerosas oportunidades para educar en participación, cooperación y respeto.
- La mirada educativa del entrenador o entrenadora es tan importante como las actividades que desarrolla.
- Los pequeños comportamientos que se repiten diariamente terminan construyendo la cultura del equipo.
- Cuando la educación en valores forma parte de cada entrenamiento, deja de ser una actividad puntual y se convierte en una manera de entender el deporte.



Club Deportivo Rugby Mairena

Cuando los valores ya forman parte del juego

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico participativo realizado en el Club Deportivo Rugby Mairena contó con una elevada participación de deportistas, familias y equipo técnico, reflejando el compromiso de toda la comunidad con el proceso de reflexión impulsado por el proyecto. Desde las primeras respuestas aparecía una idea compartida: el club es mucho más que un lugar donde practicar rugby. Es una comunidad donde las personas aprenden, conviven y crecen juntas.

Las encuestas mostraban una valoración muy positiva del ambiente del club, definido por muchas personas como una gran familia. Entre los valores más repetidos aparecían el respeto, la igualdad de género, la diversidad, el compañerismo, la solidaridad, el esfuerzo, la empatía y el juego limpio. Tanto las familias como las personas deportistas y el equipo técnico coincidían en señalar que la formación en valores tiene más peso que la competición y constituye una de las principales señas de identidad del club.

El diagnóstico también puso de manifiesto algunos retos. Surgieron preocupaciones relacionadas con la falta de recursos económicos, la escasa visibilidad institucional del rugby como deporte minoritario y la necesidad de seguir fortaleciendo la organización y el apoyo al club. Al mismo tiempo, las personas participantes mostraban un gran interés por formar parte de la campaña ¡Cambia el Juego!, entendiéndola como una oportunidad para seguir reforzando una forma de entender el deporte que ya sentían como propia.

Lo que hicieron

Hay clubes que utilizan el deporte para enseñar valores.

En el Club Deportivo Rugby Mairena, esos valores ya forman parte de la propia cultura del rugby.

Precisamente por eso, la participación en el proyecto no consistió en incorporar una forma completamente nueva de trabajar, sino en detenerse a observar muchas de las prácticas que ya formaban parte de la vida cotidiana del club y convertirlas en oportunidades de aprendizaje todavía más conscientes.

El equipo técnico trabajó con un grupo mixto de categoría M14, formado por chicas y chicos, incorporando distintas propuestas destinadas a reforzar la convivencia, la participación y la cohesión del grupo.

Una de las primeras actividades fue Lo que veo, una dinámica que invitaba a identificar los espacios donde aparecen con mayor frecuencia los conflictos, las conductas inadecuadas o las situaciones de violencia, tanto durante los entrenamientos como en la competición. En lugar de limitarse a señalar los problemas, los jugadores y jugadoras reflexionaron conjuntamente sobre sus causas y buscaron formas de prevenirlos. El objetivo no era sancionar comportamientos, sino desarrollar una mirada crítica que ayudara al grupo a construir un entorno cada vez más respetuoso.

El reconocimiento mutuo también ocupó un lugar importante durante el proceso. Actividades como Te quiero en mi equipo permitieron que cada participante descubriera cómo le percibían sus compañeros y compañeras. A través de mensajes positivos, el grupo puso en valor cualidades personales que muchas veces pasan desapercibidas durante los entrenamientos, reforzando la autoestima y el sentimiento de pertenencia.

Esta misma idea apareció de nuevo en la dinámica Lovers, una

propuesta inspirada en el lenguaje de las redes sociales, pero utilizada en sentido contrario. Frente a la facilidad con la que a veces se señalan los errores o los aspectos negativos de otras personas, los jugadores y jugadoras tuvieron que detenerse a reconocer aquello que admiraban de sus compañeros. El equipo adaptó además la actividad introduciendo una reflexión muy sencilla y, al mismo tiempo, muy potente: antes de criticar a otra persona, conviene mirar también hacia uno mismo.

El club también quiso trasladar estos aprendizajes al propio juego. En ejercicios como 10 toques o Todo el mundo participa, las reglas habituales del entrenamiento se modificaban para garantizar que todo el equipo interviniera antes de conseguir un ensayo o completar una jugada. El éxito dejaba de depender únicamente de las habilidades individuales y pasaba a construirse a partir de la cooperación, la comunicación y la participación de todas las personas.

Estas pequeñas modificaciones cambiaban la forma de entender la competición. Ya no bastaba con que destacaran quienes tenían mayor capacidad técnica; el grupo necesitaba escucharse, organizarse y asegurarse de que nadie quedara al margen. Sin grandes cambios en la estructura de los entrenamientos, el equipo comprobó que era posible reforzar la inclusión y la cohesión simplemente cambiando algunas reglas del juego.



Una forma de entender el rugby

La experiencia del Club Deportivo Rugby Mairena pone de manifiesto que la educación en valores no siempre comienza con grandes proyectos o actividades extraordinarias. En ocasiones, nace de una cultura deportiva que lleva muchos años construyéndose y que encuentra en iniciativas como ¡Cambia el Juego! una oportunidad para hacer más visible aquello que ya forma parte de su identidad.

El proyecto permitió al club detenerse a reflexionar sobre prácticas que ya realizaba de forma habitual, compartirlas con otros clubes y descubrir nuevas herramientas para seguir fortaleciendo una forma de entender el deporte basada en el respeto, la igualdad, la cooperación y el cuidado de las personas.

Lo que aprendieron

La experiencia desarrollada por el Club Deportivo Rugby Mairena permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- La educación en valores resulta más sólida cuando forma parte de la identidad del club y no depende únicamente de actividades puntuales.
- Pequeñas modificaciones en las reglas de los entrenamientos pueden favorecer una participación más equilibrada y reforzar la inclusión.
- El reconocimiento positivo fortalece la autoestima, la cohesión del grupo y el sentimiento de pertenencia.
- Reflexionar sobre los conflictos cotidianos ayuda a prevenir situaciones de violencia y a construir entornos deportivos más seguros.
- Cuando la formación tiene más peso que la competición, el deporte se convierte en una poderosa herramienta para educar y transformar la sociedad.



CD Incluye de AFANAS SCRT

Un balón que conectó historias, personas y territorios

Lo que nos dijo el diagnóstico

El diagnóstico realizado con el CD Incluye de AFANAS SCRT reflejó una realidad algo diferente a la del resto de entidades participantes. El equipo de fútbol está formado por personas con discapacidad intelectual de edades diversas y desarrolla su actividad en un contexto muy específico, donde la inclusión, el respeto y el bienestar de las personas ocupan un lugar central.

Las respuestas recogidas durante el diagnóstico mostraban una valoración muy positiva de la experiencia deportiva, destacando especialmente el compañerismo, el sentimiento de pertenencia al grupo y las oportunidades de participación que ofrece el deporte inclusivo. Las y los profesionales vinculados al equipo subrayaban además la importancia que tiene el deporte como espacio de socialización, autonomía y desarrollo personal.

Al mismo tiempo, el diagnóstico reforzó una idea que aparecería posteriormente en muchas de las actividades del proyecto: todas las personas tienen algo valioso que aportar a una comunidad deportiva cuando encuentran espacios donde pueden participar y sentirse reconocidas.

Esta convicción acompañaría posteriormente la participación del CD Incluye en una de las iniciativas más simbólicas del proyecto: el Balón Viajero.



Lo que hicieron

A lo largo de la historia, las personas han utilizado objetos para transmitir mensajes, contar historias y crear vínculos entre comunidades. A veces se trata de una carta, una bandera o una fotografía. En la campaña ¡Cambia el Juego! del proyecto Clubes Deportivos por la Transformación Social, ese objeto fue un balón.

El Balón Viajero nació con una idea sencilla: crear un símbolo compartido que permitiera conectar a los distintos clubes participantes y recordar que todos formaban parte de una misma experiencia colectiva. Aunque cada entidad desarrollaba actividades diferentes y trabajaba con realidades muy diversas, todas compartían una misma pregunta: ¿cómo puede el deporte contribuir a construir una sociedad más inclusiva, participativa y solidaria?

Para responder a esa pregunta, el balón comenzó un recorrido que lo llevaría a pasar por manos de deportistas, entrenadores, entrenadoras, familias y entidades deportivas de distintos lugares de Andalucía.

Pero su historia comenzó mucho antes.

El balón llegó desde Marracuene, en Mozambique, gracias a la colaboración de personas vinculadas a proyectos de cooperación internacional impulsados por Madre Coraje. De esta manera, la iniciativa establecía desde el principio un puente simbólico entre comunidades deportivas separadas por miles de kilómetros, recordando que el deporte también puede ser una herramienta para fortalecer la ciudadanía global y generar conexiones entre realidades diferentes.

A medida que avanzaba su recorrido, cada club dejaba una pequeña huella sobre el balón. Algunas personas escribían mensajes relacionados con los valores que consideraban más importantes dentro del deporte. Otras añadían firmas, dibujos o palabras que resumían su experiencia dentro del proyecto.

Poco a poco, el balón fue acumulando historias.

En cada parada aparecían nuevas reflexiones sobre la convivencia, la inclusión, la igualdad, la participación o el compañerismo. Lo que inicialmente parecía un simple objeto deportivo se convirtió progresivamente en un espacio compartido donde quedaban recogidas las voces de cientos de personas.

El CD Incluye desempeñó un papel especialmente significativo dentro de este recorrido.

Aunque las características de su equipo dificultaban la participación en algunas de las actividades desarrolladas por otros clubes durante los entrenamientos, la entidad encontró en el Balón Viajero una forma muy poderosa de contribuir al proyecto.

Cuando el balón les llegó, no fue recibido únicamente como un objeto que debía continuar su camino. Fue entendido como una oportunidad para formar parte de una historia colectiva construida entre muchas personas diferentes.



Los jugadores y jugadoras del equipo inclusivo participaron en la iniciativa dejando sus mensajes y compartiendo su visión del deporte. Su aportación ayudó a recordar una idea fundamental: la inclusión no consiste solamente en abrir espacios para determinadas personas, sino también en reconocerlas como protagonistas activos de la comunidad deportiva.

La experiencia permitió visibilizar que existen muchas maneras distintas de participar en un proyecto común. Algunas personas lo hacen liderando actividades, otras organizando eventos y otras compartiendo experiencias que enriquecen la mirada colectiva del grupo.

El paso del Balón Viajero por el CD Incluye contribuyó precisamente a ampliar esa mirada.

A medida que continuaba su recorrido por otros clubes, el balón seguía acumulando mensajes y compromisos. Cada nueva firma añadía una pieza más a una historia que ya no pertenecía a una única entidad, sino a todas las personas que habían participado en ella.

De esta manera, el Balón Viajero consiguió algo que no siempre resulta fácil en proyectos desarrollados en lugares diferentes: generar un sentimiento de pertenencia a una comunidad más amplia.

Los participantes dejaron de percibir sus actividades como experiencias aisladas para comprender que formaban parte de una iniciativa compartida por cientos de personas.

Al finalizar su recorrido, el balón transportaba mucho más que firmas o dibujos.

Transportaba historias.

Historias de equipos que habían reflexionado sobre la participación, de jóvenes que habían aprendido a ponerse en el lugar de otras personas, de entrenadoras/es que habían incorporado nuevas herramientas educativas a sus sesiones y de clubes que habían decidido utilizar el deporte para construir algo más que resultados deportivos.

Quizás por eso terminó convirtiéndose en uno de los símbolos más queridos del proyecto.

Porque recordaba que, aunque cada experiencia era diferente, todas formaban parte de una misma historia.

Lo que aprendieron

La experiencia del Balón Viajero permitió extraer varios aprendizajes relevantes:

- Los símbolos compartidos pueden convertirse en herramientas muy poderosas para fortalecer el sentido de pertenencia y la identidad colectiva.
- La participación puede adoptar formas muy diversas y todas ellas pueden enriquecer una experiencia comunitaria.
- La inclusión implica reconocer a todas las personas como protagonistas activas de la vida deportiva.
- El deporte puede servir para conectar territorios, comunidades y realidades muy diferentes entre sí.
- Las experiencias colectivas adquieren más fuerza cuando las personas sienten que forman parte de una historia compartida.

Capítulo 4.

Lo que hemos aprendido

Cinco aprendizajes para transformar el deporte

Las experiencias recogidas en los capítulos anteriores son muy diferentes entre sí. Algunos clubes trabajaron la participación, otros la empatía, otros la convivencia o la inclusión. Algunos utilizaron actividades específicas durante los entrenamientos, mientras que otros optaron por integrar los valores dentro de su práctica deportiva habitual. También hubo iniciativas que trascendieron los propios equipos, como el Balón Viajero, capaz de conectar a personas y entidades muy distintas a través de una experiencia compartida.

Sin embargo, al analizar conjuntamente todo lo ocurrido durante el proyecto, aparecen algunas conclusiones comunes que atraviesan prácticamente todas las experiencias.

No se trata de recetas universales ni de verdades absolutas. Son aprendizajes contruidos a partir de la práctica, la reflexión y las vivencias de los propios clubes participantes. Aprendizajes que pueden resultar útiles para cualquier entidad deportiva interesada en fortalecer su papel educativo y social.

Aprendizaje 1.

La inclusión se entrena

Una de las ideas más presentes en las distintas experiencias fue que la inclusión no ocurre por sí sola.

Abrir las puertas de un club a personas diversas es un paso importante, pero no suficiente. La verdadera inclusión implica generar oportunidades para que todas las personas participen, se sientan valoradas y puedan aportar al grupo desde sus capacidades y experiencias.

Las actividades desarrolladas por los clubes mostraron que cuestiones aparentemente sencillas, como escuchar a quienes participan menos, repartir responsabilidades o adaptar determinadas dinámicas, pueden tener un enorme impacto en el sentimiento de pertenencia de los equipos.

La inclusión no es un destino al que se llega, sino una práctica que se construye y se fortalece día a día.

Aprendizaje 2.

La empatía se aprende viviéndola

Varios clubes comprobaron que algunas de las reflexiones más profundas surgían cuando los participantes tenían la oportunidad de experimentar situaciones que les permitían comprender mejor las emociones y experiencias de otras personas.

Actividades relacionadas con la exclusión, las desigualdades o la cooperación generaron conversaciones que difícilmente habrían aparecido mediante explicaciones teóricas. Cuando los jóvenes podían sentir frustración, dependencia, invisibilidad o apoyo dentro de una experiencia controlada, resultaba mucho más fácil reflexionar posteriormente sobre realidades presentes en su vida cotidiana.

La empatía no se enseña únicamente con palabras. Necesita experiencias, emociones y espacios para compartir lo vivido.



Aprendizaje 3.

La participación genera compromiso

Muchos clubes descubrieron que las personas se implican más cuando sienten que forman parte activa de aquello que sucede a su alrededor.

Las actividades que permitían expresar opiniones, proponer ideas, asumir responsabilidades o tomar decisiones generaban una mayor implicación por parte de los participantes. Cuando las personas sienten que su voz importa, también aumenta su compromiso con el grupo y con los objetivos compartidos.

Este aprendizaje trasciende el ámbito deportivo. Participar no es solamente intervenir en una actividad concreta; es desarrollar habilidades que resultan fundamentales para la vida en comunidad y para la construcción de una ciudadanía activa y responsable.



Aprendizaje 5.

El deporte también ayuda a construir ciudadanía

A lo largo del proyecto ocurrió algo curioso. Muchas de las conversaciones que comenzaron hablando de deporte terminaron abordando cuestiones mucho más amplias.

Los equipos reflexionaron sobre la inclusión, la igualdad, la convivencia, la participación, el respeto por la diversidad o el papel de los clubes en la vida de sus barrios y municipios. Las familias compartieron qué tipo de personas querían ayudar a formar. Los entrenadores y entrenadoras debatieron sobre su responsabilidad educativa. Incluso actividades aparentemente sencillas, como el Balón Viajero o los torneos abiertos a otros colectivos, ayudaron a descubrir que el deporte puede tender puentes entre personas con historias, capacidades y realidades muy diferentes.

Sin proponérselo de forma explícita, los clubes comenzaron a mirar más allá de la competición. Descubrieron que cada entrenamiento también puede ser una oportunidad para aprender a convivir con personas distintas, participar en la vida de la comunidad, cuidar de quienes tienen más dificultades o asumir pequeñas responsabilidades que contribuyen al bien común.

En definitiva, el proyecto puso de manifiesto que el deporte no solo forma deportistas. También puede ayudar a formar ciudadanos y ciudadanas comprometidos con la construcción de una sociedad más justa, inclusiva y solidaria.

Aprendizaje 4.

Entrenadores y entrenadoras son agentes educativos

Si existe una figura que aparece de forma recurrente en todas las experiencias recogidas en este libro, es la de los entrenadores y entrenadoras.

Más allá de enseñar aspectos técnicos o tácticos, desempeñan un papel decisivo en la construcción de la cultura de los equipos. Su forma de comunicarse, resolver conflictos, gestionar la competición o relacionarse con los deportistas transmite constantemente mensajes y valores.

Muchos de los cambios observados durante el proyecto fueron posibles precisamente gracias a la implicación de los equipos técnicos. Fueron ellos quienes adaptaron actividades, facilitaron espacios de reflexión y aprovecharon situaciones cotidianas para generar aprendizajes que iban mucho más allá del resultado deportivo.

La experiencia demuestra que fortalecer el papel educativo de los clubes pasa necesariamente por reconocer y apoyar la labor de quienes acompañan diariamente a los jóvenes en los entrenamientos.



Un aprendizaje compartido

Quizás la principal conclusión que deja este proyecto sea que el deporte ya educa.

La cuestión no es decidir si queremos que los clubes transmitan valores, porque lo hacen cada día a través de sus normas, sus dinámicas, sus relaciones y sus formas de entender la competición.

La verdadera pregunta es qué valores queremos promover y cómo podemos hacerlo de forma más consciente.

Las experiencias recogidas en este libro muestran que no existe una única respuesta. Cada club ha encontrado su propio camino. Algunos han trabajado la participación. Otros la empatía, la convivencia o la inclusión. Todos, sin embargo, comparten una misma convicción: el deporte puede ayudar a formar mejores deportistas, pero también mejores ciudadanos y ciudadanas. Personas capaces de convivir con la diversidad, participar en la vida de su comunidad, cuidar de quienes les rodean y asumir que cada pequeño gesto contribuye a construir una sociedad más justa, inclusiva y solidaria.

Ese es, probablemente, el aprendizaje más importante que deja este proyecto. Porque cambiar el juego nunca consistió únicamente en cambiar la forma de entrenar. Consistía, sobre todo, en ampliar la mirada y descubrir que cada club deportivo puede ser también una escuela de ciudadanía.





Capítulo 5.

Un legado para seguir transformando

A lo largo de estas páginas hemos compartido experiencias muy diferentes. Cada club ha recorrido su propio camino, ha probado actividades distintas y ha encontrado respuestas adaptadas a su realidad.

Sin embargo, el proyecto también deja dos herramientas construidas colectivamente que trascienden la experiencia de un único club.

La primera es el documento Los 6 básicos para ser un Club que Transforma, elaborado a partir de las aportaciones de deportistas, familias, entrenadores, entrenadoras y responsables de los clubes durante las distintas actividades del proyecto. No pretende ser un reglamento ni una lista de obligaciones, sino una declaración de principios que resume la forma de entender el deporte que ha ido tomando forma a lo largo de este recorrido.

La segunda es el Protocolo de Acogida e Inclusión, diseñado para ayudar a los clubes a recibir a nuevas personas deportistas desde el respeto, el cuidado y la igualdad de oportunidades. Su elaboración respondió a una pregunta muy sencilla: ¿cómo conseguimos que cualquier persona se sienta parte del equipo desde el primer día?

Ambos documentos son una invitación a seguir construyendo clubes donde el deporte contribuya al bienestar de las personas y a la transformación de la comunidad. No representan el final de este proyecto, sino un punto de partida para todas aquellas entidades que deseen seguir recorriendo este camino.

Los 6 básicos para ser un Club que Transforma

1. Ponemos a las personas por delante del resultado

Queremos que el deporte sea una experiencia positiva donde niños, niñas y adolescentes disfruten, aprendan y crezcan.

2. Hacemos del club un espacio para todas las personas

Promovemos el respeto y la participación de personas con distintas capacidades, orígenes, culturas, identidades y realidades.

3. Educamos en convivencia y juego limpio

Actuamos frente a insultos, discriminaciones, violencia y discursos de odio, dentro y fuera del terreno de juego.

4. Cuidamos el bienestar físico y emocional

Entendemos el deporte como una herramienta para desarrollar hábitos saludables, autoestima y relaciones sanas.

5. Escuchamos y contamos con jóvenes y adolescentes

Reconocemos sus opiniones e ideas, favorecemos su participación y fomentamos que puedan implicarse en mejorar su club y su comunidad.

6. Conectamos el deporte con nuestro entorno

Impulsamos acciones que contribuyen a un mundo más justo, igualitario y sostenible.

Protocolo de Acogida e Inclusión de Nuevas/os Jugadoras/es



Objetivo

Garantizar que todas las personas que se incorporan al club se sientan bienvenidas, seguras y respetadas, independientemente de su origen, identidad, orientación sexual, religión, situación socioeconómica o diversidad funcional.

1. Antes de la incorporación

Información básica

La persona responsable del equipo o del club:

- Da la bienvenida a la familia y a la persona deportista.
- Explica el funcionamiento general del club.
- Facilita horarios, instalaciones, normas básicas y datos de contacto.

Atención a la diversidad

Se preguntará si existe alguna situación o necesidad específica que el club deba conocer para que la participación en el club sea lo más cómoda y positiva posible. De este modo, conoceremos:

- Necesidades de accesibilidad física o comunicativa.
- Necesidades derivadas de alguna discapacidad o condición de salud.
- Aspectos culturales o religiosos que puedan afectar a la participación.
- Nombre y pronombres con los que la persona desea ser tratada.
- Cualquier circunstancia que pueda ayudar a garantizar su bienestar dentro del club.



2. Primer día

Presentación

La entrenadora o entrenador:

- Presenta a la nueva incorporación al grupo.
- Explica brevemente los valores del club.
- Asigna una compañera o compañero de referencia durante las primeras semanas.

Mensaje de bienvenida

Se recordará que el club es un espacio:

- Libre de discriminación.
- Respetuoso con todas las personas.
- Comprometido con la igualdad y la inclusión.



3. Durante las primeras semanas

Acompañamiento

El entrenador/a:

- Observa la integración en el grupo.
- Favorece que participe en actividades y dinámicas del equipo.
- Interviene ante posibles situaciones de exclusión, burlas o aislamiento.

Compromiso del equipo

Todas las personas integrantes del club se comprometen a:

- Tratar a los demás con respeto.
- Utilizar un lenguaje inclusivo y no ofensivo.
- No tolerar conductas discriminatorias (racistas, machistas, LGTBIfóbicas, capacitistas, etc.).

4. Seguimiento

Tras el primer mes:

- Se realiza una breve conversación con la persona deportista.
- Cuando corresponda, también con su familia.
- Se pregunta cómo se siente en el equipo y si necesita algún apoyo adicional.

Las experiencias recogidas en este libro pertenecen a los clubes que las hicieron posibles.

Ojalá inspiren a muchas otras entidades deportivas a seguir demostrando que el deporte también puede transformar personas, comunidades y realidades.





El proyecto “Fortalecer el papel de los clubes deportivos andaluces como agentes de transformación social, promoviendo el desarrollo de acciones de Educación Transformadora para la Ciudadanía Global, con metodologías participativas e inclusivas”, con número de expediente OED038/2023, es un proyecto de la Fundación Madre Coraje financiado por la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo.



Consejería de Inclusión Social,
Juventud, Familias
e Igualdad

Agencia Andaluza de
Cooperación Internacional
para el Desarrollo

madrecoraje.org

